

EN la literatura española sobre el eurocomunismo han destacado claramente dos títulos, separados en su aparición por unas pocas semanas. Fue primero *Eurocomunismo y Estado*, de Santiago Carrillo. A continuación, *Eurocomunismo y socialismo*, de Fernando Claudín. El éxito de público de ambas obras fue notable. De *Eurocomunismo y Estado* ya dijimos algo en estas mismas páginas con motivo de su presentación en un hotel madrileño. *Eurocomunismo y socialismo* requiere, creemos, una glosa más extensa en la medida en que plantea problemas más complejos, no por su vinculación con la práctica política, como es el caso del libro de Carrillo, sino por la peculiar trayectoria del autor, necesaria para entender algunos aspectos de su contenido.

Por un lado, hay que enlazar *Eurocomunismo y socialismo* con la obra de mayor envergadura de Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, cuyo primer volumen, histórico, abarcando el período que media entre la fundación de la Komintern y los años cincuenta, es el único hasta ahora publicado (por Editorial Ruedo Ibérico, París, 1970). Se trata, indudablemente, del ensayo de mayor envergadura acometido por un marxista español. En su prefacio, Jorge Semprún condensaba los aspectos esenciales de la biografía de Claudín: "Dirigente de la Juventud Comunista en Madrid, estudiante de Arquitectura, Fernando Claudín abandona hacia 1933 toda vocación individual, todo proyecto personal, para convertirse en un funcionario de la revolución. Su vida, hasta la expulsión del Partido Comunista de España, en febrero de 1965, se confunde desde entonces con la vida del movimiento comunista...". Es este un dato a tener en cuenta a la hora de interpretar, no sólo las posiciones de *Eurocomunismo y socialismo*, sino el tipo de observaciones, sorprendentes para algunos, que Claudín ha dejado caer sobre el comunismo español en *El País*, un diario independiente que durante la campaña electoral dio en sus editoriales todo un curso de anticomunismo renovado y que cerró aquella advirtiendo sobre los peligros de un voto que diera como resultado un fuerte PCE.

Queremos decir que cuando Jorge Semprún, "Desde la izquierda", clama de forma incomprensible contra la "tradición caballerista" —"explosiva mezcla de reformismo descarado y de maximalismo infantil"— que hoy encarnaría Carrillo, y Claudín, "Hacia la democracia", hace una llamada, evocadora de los tiempos del frente único, al valor de los militantes comunistas y a la ne-

Claudín y el eurocomunismo

LA DISTANCIA DEL PARTIDO

ANTONIO ELORZA

cesidad de cambiar de dirección para ser "eurocomunistas" de verdad, hay un punto de referencia común y muy preciso: la crisis del Partido Comunista de España entre 1963 y 1965, cuyo balance es la marginación de los dos escritores citados, Fernando Claudín y el entonces "Federico Sánchez". Una crisis de la que el lector español sólo posee datos fragmentarios.

Las dos vías españolas hacia el socialismo

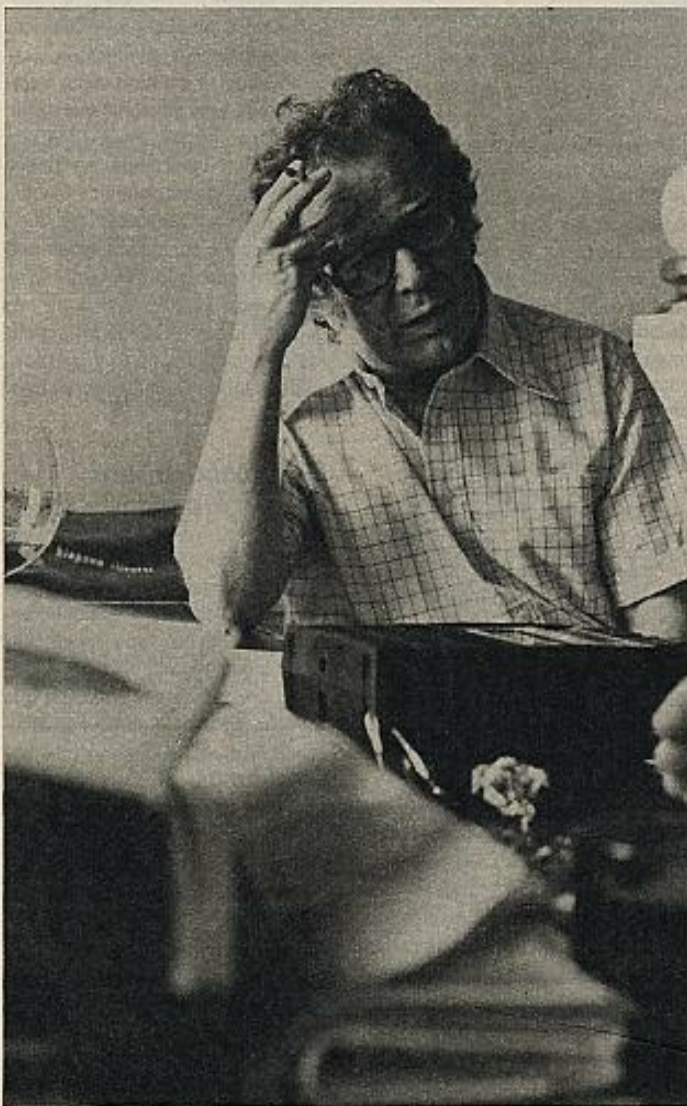
A su vez, la escisión del 65 tiene unos antecedentes remotos en la

valoración del XX Congreso del PCUS, en el año 1956, y más próximos en el intento de huelga nacional que promueve el partido en 1959. Claudín viaja clandestinamente a Madrid para intervenir en su preparación y comienza entonces a sensibilizarse ante los cambios económicos habidos en la sociedad española desde la guerra civil. Por añadidura, su valoración de la huelga difiere de la de Carrillo, juzgándola como un fracaso. Cobran forma así los supuestos de una divergencia que irá acentuándose al correr de los sesenta. Será

una primera ocasión el debate en 1963 sobre el problema agrario, al insistir Claudín en la intensidad de las transformaciones capitalistas experimentadas por el sector. Para culminar el proceso, a comienzos de 1964, con la reunión plenaria del Comité Ejecutivo celebrada en el castillo de Praga. Claudín presenta su informe dirigido a revisar en profundidad la estrategia y las tácticas del partido —el texto que luego reproducirá apostillado *Nuestra Bandera*—, quedando en clara minoría. A su lado sólo está "Federico Sánchez" (Jorge Semprún). Ambos serán separados provisionalmente del Ejecutivo, al pretender la extensión del debate a la totalidad del partido. Luego, frente a la información que distribuye la dirección, Claudín redacta su "cuaderno azul". Las divergencias en el partido, la justificación teórica más extensa de sus posturas, publicada en México y difundida a partir del verano de 1965. Claudín y Federico Sánchez son expulsados del partido por trabajo fraccional, si bien la acritud de la polémica no borra el reconocimiento de la larga trayectoria de lucha común. Carrillo explicará más tarde que, de solicitar Claudín su reingreso en el partido, él estaría resueltamente a favor de ello.

La línea crítica de Claudín respecto a las posiciones del PCE se mantendrá en lo sucesivo. Para entender las alusiones de *Eurocomunismo y socialismo*, por no hablar de las notas aparecidas en *El País*, hay que recordar la continuidad existente entre los siguientes trabajos: *Dos concepciones de la "vía española al socialismo"* (en el *Horizonte español 1966*, de Ruedo Ibérico), "La crisis del Partido Comunista de España" (en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 26-27, 1970), "A propósito de la evolución del Partido Comunista de España" (intervención en el Coloquio de Cabris, 1970), "El nuevo movimiento obrero" (en el "dossier" España 1976 de *Los Temps Modernes*, 1976), etcétera.

Pero ni siquiera el trabajo dotado de mayor autonomía entre los anteriores, las "Dos concepciones", de junio de 1966, puede entenderse sin los textos del 64. Porque la eliminación de los problemas concretos de la acción del partido permite entonces a los argumentos de Claudín adquirir una connotación de izquierda, de que antes carecían, sobre la base de su caracterización de la revolución española como socialista. Las valoraciones de fondo positivas sobre los cambios económicos y políticos en la España franquista, la estrategia de adecuación que llegaba a apuntar el camuflaje del PCE en una suerte de EDA para aprovechar las ventajas de una



Fernando Claudín.

CLAUDÍN

eventual legalidad se borran ante la exigencia de precisar una alternativa clara al modelo de cambio bosquejado por Carrillo en su *Después de Franco, ¿qué?*, aparecido tras el cierre de la crisis interna, en la segunda mitad del 85.

La principal aportación analítica de Claudín consiste en redefinir el marco económico en que la estrategia comunista ha de desarrollarse en España. Frente a unos planteamientos oficiales ligados todavía a la ilusión de un nuevo enlace con las condiciones anteriores al 36 y, al mismo tiempo, frente a la esperanza de un derrumbamiento a corto plazo del régimen de la oligarquía agraria y financiera, Claudín pone el acento sobre los cambios cualitativos que experimenta la formación social española en la década del desarrollo. Tanto en la industria como en el campo, y aun persistiendo el desfase respecto a otros países europeos, se afirman como hegemónicas las relaciones capitalistas y, de modo más concreto, un capitalismo monopolista de Estado cuyos orígenes son anteriores a la crisis de la guerra, pero que se consolida definitivamente tras la autarquía y la estabilización. "En toda esa dinámica de concentración monopolista y de desarrollo industrial, el Estado ha desempeñado desde 1939 un papel primordial. Y no simplemente como 'superestructura'... El Estado español se ha convertido en una de las más poderosas—en realidad la más poderosa—de las empresas económicas del país".

Esta configuración del capitalismo monopolista de Estado como hegemónico arrastra una mutación en todos los datos con que hasta entonces traza su estrategia de lucha el PCE. En primer lugar, socava las posibilidades de la "democracia política y social" que Carrillo contempla como etapa intermedia entre la caída del franquismo y la transición efectiva al socialismo, en cuanto régimen de alianza, desde el proletariado y los campesinos hasta las capas medias, y abiertamente antimonopolista. Para Claudín, la fase del capitalismo monopolista de Estado puede anteceder solamente a la fase socialista. Se trata de una aplicación al caso español de los textos de Lenin: "El capitalismo monopolista de Estado es el último peldaño en la escala histórica del capitalismo; más allá de él no hay más que el socialismo". Como consecuencia, resultan invalidados—según la argumentación de Claudín—los proyectos relativos a esa etapa transitoria, posfranquista, de democracia avanzada en donde diversas fracciones de la burguesía

intervendrían como aliadas de la clase obrera frente al capital monopolista.

Sería, en todo caso, dudoso ver en los planteamientos anteriores una crítica de izquierda al PCE. El supuesto de que la próxima fase de la revolución española sería socialista y no democrática sirve ante todo al propósito de negar los planteamientos de ruptura total (mediante la huelga nacional política) y de alianza en torno a la clase obrera, que a la sazón busca la dirección del partido. En este sentido, la relación entre las propuestas de Claudín y la política comunista más reciente es puramente analógica. Y el valor más positivo de aquellas reside en la exigencia de actualizar unos análisis económicos hasta entonces fijados mecánicamente al molde de la Segunda República. Por lo demás, Claudín sobreestima claramente la capacidad del capital monopolista de Estado para controlar, no sólo a las restantes fracciones de la burguesía, sino al propio aparato de Estado en lo que llama la "liquidación gradual" del fascismo. El papel del partido sería en consecuencia una adecuación crítica a los proyectos de cambio esbozados desde la perspectiva del Primer Plan de Desarrollo (Ley de Prensa incluida), sirviendo como fuerza de apoyo a una transformación política desde el sistema, aparentemente en curso como correlato del crecimiento económico. Una estrategia, en suma, más realista en apariencia, y, en definitiva, más conservadora, que recogía sólo *ex post* la dinámica de conflictos de la década dorada del franquismo. Claro es que vista desde hoy, la perspectiva de la huelga nacional puede parecer voluntarista, pero sin la presión—desde una clara inferioridad en las relaciones de fuerza—y la política de alianzas del PCE en dirección de una ruptura radical con el sistema franquista, la transformación de éste tras la muerte del dictador difícilmente hubiera podido concebirse. Otra cosa fueron los altísimos costes humanos de la línea seguida y el fracaso relativo de una operación donde las responsabilidades tampoco pueden recaer exclusivamente sobre la línea estratégica del partido, en particular a lo largo de nuestra década.

Llegamos así, finalmente, al subjetivismo que en los últimos diez años afecta a los análisis de Claudín, y que en buena medida explica los silencios y el sentido de las observaciones contenidas en *Eurocomunismo y socialismo*. El discurso claudínista tiene siempre por referente único la trayectoria del PCE. No importa que repetidamente hable en contra de la identificación del Partido Comunista como el par-

tido de la clase obrera y, consecuentemente, se reflera una y otra vez a la posibilidad de varios partidos como sujetos de la transición al socialismo. Su referente exclusivo es siempre el Partido Comunista, y los demás actores aparecen solamente en función suya, trátese del socialismo francés, del italiano o del español. En cuanto a los partidos y organizaciones obreras a la izquierda de los "pecés", las referencias suelen ser asimismo sumarias: tal vez una mención elogiosa de *El Manifiesto*, al cual se siente muy próximo, justificando su existencia como demostración de las insuficiencias comunistas. Pero la revisión crítica, casi siempre cargada de acentos negativos en las apreciaciones concretas, apunta una y otra vez a las organizaciones comunistas. Es algo que sólo cabría explicar a la luz del lastre que sobre su trabajo impone la polémica aún no resuelta del 64. La historia del partido es, para Claudín, un museo de errores e insuficiencias a partir de su escisión, hasta el punto de que, desde la perspectiva de los años setenta, ni siquiera juzga consecuente la posición del PCE frente a la intervención soviética en Checoslovaquia. Y en todo caso, siempre queda algo adicional que exigir. Nos encontramos, pues, ante una perspectiva que limita en buena medida las aportaciones de Claudín en sus puntos centrales: el análisis de la política comunista en el marco del capitalismo monopolista de Estado y la justa exigencia de una democratización real de las organizaciones comunistas en lo que concierne a su funcionamiento interno.

El eurocomunismo, puesto a prueba

La argumentación de Claudín desemboca así más de una vez en un círculo vicioso, del tipo que ofrece su reciente prólogo a los escritos polémicos de Lenin y Kautsky, texto no irrelevante en la medida que Claudín contempla una clara vinculación entre el kautskismo y las posiciones de los eurocomunistas de hoy. La jugarreta de la Historia habría dado, según Claudín, la razón a Lenin contra Kautsky y a Kautsky contra Lenin. Sólo con democracia no se llega al socialismo, y al suprimir la primera, el segundo se ve inevitablemente desvirtuado. La pirueta se repite, en otro orden de cosas, con el proceso histórico del que emergen los eurocomunistas. Por un lado, la orientación de los partidos comunistas surge como una necesidad histó-

ca, producto de la evolución de los sistemas capitalistas y del movimiento obrero en la Europa Occidental. Pero, al mismo tiempo, la solución—por lo que el estudio de Claudín arroja—nos llega tan cargada de insuficiencias que su atractivo resulta mínimo. ¿Qué hacer entonces?

Los efectos de la crisis económica mundial, la posición de fuerza en que se hallan las organizaciones obreras y el desgaste de las situaciones de poder constituidas en el orden político por las respectivas burguesías hacen, según Claudín, de Europa Occidental el eslabón más débil del sistema imperialista. El divorcio de los principales partidos comunistas respecto al modelo soviético refuerza asimismo las posibilidades de abordar en dicha área una transición al socialismo en que por vez primera se concilien socialismo y democracia. Tales son las bases de aparición del llamado "eurocomunismo", cuyo éxito supondría un poderoso revulsivo en las situaciones ya consolidadas en otras áreas, bien poniendo fin a la adecuación obrera al marco capitalista (caso de las socialdemocracias nórdicas), bien provocando un resurgimiento de las corrientes de oposición socialista en el área de control soviético.

Ahora bien, apenas asentada la necesidad histórica del eurocomunismo, Claudín abre paso a la enumeración de sus reservas respecto a la capacidad de los sujetos históricos (los respectivos partidos comunistas) encargados de protagonizar dicho proceso. La ambigüedad comienza al hablar de esos mismos sujetos. Como siempre, Claudín insiste en la ruptura del monopolio tradicional que resulta de identificar al comunista con el partido de la clase obrera. Pero para su análisis, esta premisa no tiene la menor consecuencia, pues, como ya apuntábamos anteriormente, ni ese correlato imprescindible que son los partidos socialistas ni la izquierda extraparlamentaria reciben más que alusiones marginales. La totalidad exigible en el tipo de análisis abordado se rompe, aunque, como compensación personal, Claudín pueda situarse en el cómodo terreno de una crítica realizada desde supuestos que, por lo menos hasta ahora, han fracasado insistentemente a la hora de conectar con la práctica de clase. Queremos decir que siempre es más difícil, por ejemplo, criticar al Partido Comunista Italiano desde las posiciones de *El Manifiesto* o el PDUP si la revisión marxista toma también en consideración las insuficiencias

y los fracasos de dichas organizaciones. Las preguntas sin respuesta posible se repiten en este orden de cosas. A fines de 1970, Claudín juzgaba que "los partidos comunistas de Francia e Italia" se caracterizaban por "colaborar reformísticamente (sic) con el sistema y servir de freno a las tendencias revolucionarias". ¿Qué ha cambiado siete años después para que podamos rehabilitarlos como eventuales protagonistas de la transición democrática al socialismo? ¿No se ha acentuado aún más su derechismo? ¿O es que las soluciones "de izquierda marxista", enriquecidas con la experiencia china, etc., han fracasado estrepitosamente? ¿Por qué no situar todas las piezas en el tablero?

La imagen que transmite Claudín acerca de los partidos eurocomunistas abandona en **Eurocomunismo y socialismo** la etiqueta de 1970, pero la orientación permanece. Serían partidos implicados en una estrategia "neorreformista", es decir, abocados de hecho a renunciar a las expectativas de transformación socialista. Es lo que tienden a probar, no sólo las acotaciones críticas acumuladas respecto a los tres partidos, sino el contenido de la alternativa que Claudín desarrolla —en uno de los apartados más coherentes del libro— a la estrategia de lucha antimonopolista de los mismos, con su coincidencia en señalar dos etapas para la fase de transición al socialismo. Ampliando el marco de su crítica de los años 60 al PCE, Claudín pone en tela de juicio la fase de democracia avanzada, donde los partidos de la clase obrera establecen un sistema de alianzas que comprende incluso a la burguesía no monopolista: "Nada menos prudente y más peligroso en esta coyuntura —advierte Claudín, marcando la dirección hacia su propia alternativa entre hegemonía socialista y contrarrevolución—, que una táctica (a la que la estrategia de 'dos etapas' puede servir de justificación teórica) predominantemente gradualista, centrada en la esfera política, sobre todo en el mecanismo electoral, que subordine la lucha social y, en general, la acción de masas, a la alianza con unas y otras fracciones de la burguesía...". Lo que ocurre es que, una vez asumida esta distancia teórica, resulta difícil conciliar el enfrentamiento claudinista al eurocomunismo con la anterior demostración de su necesidad histórica. Entramos así en el terreno de las valoraciones que, a nuestro entender, preside la construcción de Claudín: el eurocomunismo apare-



Claudín, por Vázquez de Sola.

ce como un mal menor, que a través de sus insuficiencias puede ilustrar la necesidad de una superación, ya que no de un planteamiento global alternativo.

De ahí que para mantener el equilibrio entre la ruptura teórica (presente siempre, diríamos, por acumulación) y la aproximación crítica con que trata Claudín de preservar su imagen de especialista imparcial respecto al comunismo sea necesario pagar un precio. En **Eurocomunismo y socialismo** este precio es el desequilibrio en la arquitectura interna del libro que, tras las extensas reflexiones sobre el papel de la crisis, las relaciones con Moscú y la conexión histórica entre socialismo y democracia, pasa como sobre ascuas por el que, por lo menos en principio, hubiera debido ser el argumento central: la consideración de los tres planteamientos centrales (de PCF, PCE y PCI) en el marco de las relaciones sociales y políticas de los países respectivos, y con referencia a otras formaciones políticas y sindicales obreras. Con cierta profundidad se aborda sólo el punto aludido de la "transición a la transición", y el único "test" real del eurocomunismo viene a ser el "compromiso histórico" de Berlinguer, al que por lo demás Claudín deja pronto malparado a través de una revisión trivial y periodística, más atenta a los cambios de sobra conocidos en los últimos meses que a tomar en consideración la dinámica seguida por el PCI

a partir del establecimiento del "centro izquierda". En suma, leyendo **Eurocomunismo y socialismo** nos encontramos con la descripción de un contexto, una secuencia de valoraciones y, en cambio, un nivel mínimo de información sobre los procesos que son el objeto confesado del libro: las posiciones francesas aparecen diseminadas sin la menor concreción y del "eurocomunismo" del PCE ni siquiera se intenta un bosquejo, al margen de las anotaciones sueltas de disconformidad respecto al manifiesto-programa. ¿En qué medida pueden entonces admitirse las generalizaciones y valoraciones que Claudín establece sobre el eurocomunismo en su conjunto? Claro que, por lo menos a través de las páginas del PCI, queda diáfano de relieve la actitud que preside la redacción de Claudín: sólo mediante una revisión estratégica global puede servir el eurocomunismo a la transición socialista. Pero hubiese sido mejor que tal conclusión apareciera como resultado de un análisis que por ahora está ausente.

La poca tinta gastada sobre los procesos eurocomunistas en sí mismos contrasta con el amplio desarrollo sobre "el divorcio con la Unión Soviética". Nuevamente predominan los elementos descriptivos y valorativos, y apenas se informa al lector español de la literatura que, en el marco eurocomunista, viene produciéndose sobre lo que Ellenstein llamó "el fenómeno stali-

niano". La crónica adjetivada prevalece, pues, sobre el análisis. Claudín describe una ruptura inevitable, pero valora como tímidos y erróneos los planteamientos eurocomunistas ante la URSS. Cabría en este punto discurrir de la preferencia claudinista por la guerra abierta con la Unión Soviética (otra cosa es la precisión de las posiciones teóricas) y tampoco está claro que todos los antisoviéticos que circulan por el mundo (Claudín cita explícitamente a Amálic, Bukovsky, etc.) puedan sin más catalogarse de "oposición democrática y socialista" a la dictadura de Breznev. Como es otra vez significativo, que, al glosar en *El País* el ataque de **Tiempos Nuevos** a Carrillo, Claudín prefiera hablar de la URSS, no apunte la menor revisión de sus posiciones críticas sobre la falta de valor, desenfoco, etc., de nuestros eurocomunistas y, en fin, si hace una sola alusión a las posiciones de Carrillo, es para evocar el "compromiso tácito o expreso" del PCE con Suárez.

Volvemos así a un punto evocado hasta ahora más de una vez en el curso de estas páginas: la atención preferente —y, añadiríamos, obsesiva— de Claudín a los partidos comunistas como factor limitativo de su capacidad de análisis. Ya escritas estas páginas, hemos visto nuevamente comprobado este aspecto en otro artículo de *El País*, donde incluso bajo el rótulo de "La política del PSOE" lo que encontramos es la crítica a las apreciaciones del PCE sobre el partido citado. Al margen de que, como en el período electoral, ello pueda ser objeto de captación por el discurso de la burguesía, la labor que ha asumido Claudín de buscador de perlas en los textos de Carrillo tendría sólo pleno sentido si la prolongara hacia otros dirigentes y organizaciones obreras (de Felipe González a los "extraparlamentarios"). Así tal vez podrían servir a los objetivos confesados sus orientaciones sobre la democracia interna de los "pecés", la orientación reformista y las conexiones con la democracia de base, etcétera. La parcialidad en los enfoques y en el desarrollo de la argumentación, el predominio de los juicios de valor sobre el análisis, rasgos visibles en las páginas de este **Eurocomunismo y socialismo** cuadrarían mal con la perspectiva de un pensamiento marxista como el que Fernando Claudín ha intentado trazar en su larga evolución dentro y fuera del PCE. ■ A. E.

(1) TRIUNFO, número 749, 4 de junio de 1977.